El señor de Castel-Vivant se dirigió hácia la ventana, y separando las cortinas se puso á mirar á la calle.

—¿Es vuestro ese coche tan brillante?

—Sí, señor; y tengo cinco mas en mis cocheras.

—¿Todos del mismo estilo?

—Todos iguales.

—Pues me parece mucho; á nuestra vuelta, cuando ya seais príncipe, será menester cambiar todo eso, y supongo que lo hareis de buen grado, porque entonces comprendereis ya que el verdadero lujo se espanta de lo charro.

—Mucho tengo que aprender—murmuró Héctor un poco contrariado.

—Mucho y algo mas todavia, pero podeis estar tranquilo, porque vais á estar en buena escuela, hijo mio.

XLI

Dos ó tres dias despues de la conversacion que acabamos de referir, se encontraba el príncipe de Castel-Vivant á Julio Leroux y le decia en términos ambíguos y con muchas reti-

cencias que iba á emprender un viaje en compañía de una persona que no podia nombrar, indicándole tambien que era muy fácil se operase en un plazo breve un gran cambio en su fortuna.

A la semana siguiente Godefroy se puso en camino con Héctor.

Habian convenido en viajar haciendo el gasto á medias; pero el príncipe, movido por el sentimiento paternal que en él hablaba tan alto, dejaba sin el menor escrúpulo que su futuro hijo adoptivo pagase las siete octavas partes del gasto, lo cual era justo despues de todo, supuesto que el discípulo debe naturalmente sufragar las necesidades de la vida del profesor.

No les seguiremos en aquel viaje de recreo que hicieron por Europa, porque, aunque sean interesantes algunos detalles de la excursion, nos llevaria mucho tiempo al referirlos.

Visitaron juntos, Bruselas, Berlin, Viena, San Petersburgo, Roma, Venecia, Nápoles, Florencia y muchas mas poblaciones todavia, llegando por fin á Ginebra, última etapa antes de su vuelta á Francia.

En esta ciudad se instalaron en el mejor de los hoteles de primer órden, tratando de llevar á cabo lo mas pronto posible la farsa inventada por Godefroy y aceptada por Begourde.

Segun el plan trabaron conocimiento con al-

gunos franceses que vivian en el mismo hotel, los cuales, muy orgullosos con las atenciones que les dispensaba un personaje de la importancia del príncipe de Castel-Vivant, se apresuraron á devolverle su atencion.

Begourde equipó una embarcacion de recreo, que era un yacht muy cómodo y muy elegante, negociando alguna de las muchas letras que llevaba contra multitud de banqueros, y con las cuales podria haber hecho frente á gastos de mucha mas consideracion que los que hacia, y empezaron las excursiones por las célebres y hermosas riberas del Leman.

Todas las mañanas llevaba el yacht algunos invitados, durante el paseo hasta despues del medio dia, excepto cuando, por no querer bajar á tierra, almorzaban sobre cubierta sacando de la bodega toda clase de provisiones, sin que faltára el vino de Ivorne y de Champagne, y cubriéndoles un cielo hermoso y azul.

Estos pintorescos paseos tuvieron un éxito completo.

Muchos extranjeros buscaban recomendaciones para ser admitidos en la excursion, y el príncipe acogia casi siempre con agrado estas peticiones.

Por fin llegó el gran dia, escogido para el conmovedor episodio que habia de arrostrar el

príncipe, y el acto de abnegacion que habia de realizar Begourde salvándole.

El tiempo era muy hermoso, el sol brillaba radiante, y la atmósfera estaba tan trasparente que á simple vista se distinguia á larga distancia los menores detalles de las pintorescas montañas que reflejaban en el lago sus erguidos vértices cubiertos de nieve eterna.

Lo mismo el príncipe que Begourde, iban vestidos con trajes de hilo y sombreros de paja.

A bordo habia cinco convidados, de los cuales tres eran franceses y dos ingleses.

El viento era tan débil que apenas rizaba las velas, y el yacht marchaba tan despacio que apenas dejaba tras sí un pequeño rastro de estela.

Godefroy se inclinó para mirar hácia abajo.

—Mirad—dijo—eso no es agua, es cristal; se ven los peces lo mismo que al través del cristal de aquarium, y podria muy bien contar las piedras.

Despues añadió, dirigiéndose al piloto:

—Aquí hay muy poca profundidad; ¿no es verdad? cuatro ó cinco piés á lo sumo.

El piloto se echó á reir y contestó:

—Dispensad, os equivocais un poco en la cuenta; aquí lo menos hay quince ó veinte piés, si no hay mas.

—Mucho menos se necesitaria para ahogar-

me por completo—contestó el señor de Castel-Vivant,—no tengo nada de nadador, pero soy en cambio muy prudente.

—Nunca seais lo bastante—dijo en tono sentencioso el piloto.

Cinco minutos despues, el príncipe señalaba un punto en el horizonte, y preguntaba:

—¿Es una vela aquella mancha blanca que se vé allá á lo lejos?

Todas las miradas se dirigieron hácia el punto que habia indicado, y sin embargo no vió nadie.

El príncipe sostenia lo contrario, afirmando que la mancha era cada vez mayor, y viendo que los circunstantes no se convencian de ello, sacó del bolsillo unos gemelos de teatro.

—Vamos á ver quien tiene razon, porque este juguete tiene mucho alcance.

Y abandonando el sillon americano en que estaba sentado, fué á colocarse en la punta del yacht, dirigiendo hácia el horizonte los gemelos.

—Mi príncipe—le dijo el piloto,—tened cuidado, porque un accidente acaece muy pronto.

—Ya he dicho que soy prudente—contestó el príncipe con alguna impaciencia.

En este momento, una ráfaga de viento un poco mas fuerte que las anteriores, hinchó las

velas durante un segundo, haciendo que el yacht acelerase su marcha.

Por poco sensible que fuera este aumento de velocidad, fué sin embargo lo suficiente para que el príncipe, descuidado como estaba, perdiese el equilibrio.

Vaciló, y como al alcance de su mano no habia ningun objeto á que agarrarse para sostenerse, cayó al lago como una masa inerte, gritando:

—¡Socorro! ¡Amparadme!

El agua se juntó al desaparecer su cuerpo, interumpiendo aquel desesperado llamamiento.

A bordo del yacht se produjo una confusion inaudita, porque tripulantes y pasajeros hablaban á la vez, apretándose y codeándose, discutiendo, aconsejando, queriendo hacer y sin hacer nada.

Unicamente Begourde permaneció silencioso.

Se quitó con rapidez su americana, dando un salto por encima de todos se lanzó al agua.

—¡Ah!—dijo el piloto,—¡valiente jóven! Yo hubiera hecho lo mismo; pero nado como un pez de plomo.

Se siguió un profundo siiencio.

No se oía respirar, y todas las miradas estaban fijas presenciando con ansiedad el drama que tenia lugar en el agua.

Pero como nuestros lectores saben que todo

aquello era pura comedia, nos abstendremos de narrar las peripecias de este incidente, que para nosotros carece de interés.

Todo se realizó segun el programa convenido entre el falso ahogado y el fingido salvador.

Al cabo de algunos segundos, que parecian interminables á aquellos inocentes espectadores, apareció Begourde nadando con una sola mano, y sosteniendo con la otra el cuerpo del príncipe, que, con los ojos cerrados, no daba señales de vida.

Una nutrida salva de aplausos resonó en el puente.

—Amigos—dijo Begourde con voz entrecortada por la emocion,—ahora no es ocasion de aplaudir, sino de sacarnos de aquí. He tenido la dicha de salvar al príncipe con peligro de mi vida, pero no puedo subir con esta carga; ayudadme. ¡Rayos de Bougival!

Godefroy, con los ojos cerrados y la cabeza caída en la espalda de Begourde, pensaba en su interior:

– La cosa se ha hecho muy bien, aunque está de más eso de *Rayos de Bougival.* Este diablo de muchacho tiene siempre resabios de su antigua vida, y mucho me temo que no podré corregirlo del todo.

Mientras el ahogado monologaba de esta manera, el piloto y la gente de tripulacion or-

ganizaban el medio de salvar al libertador.

Lo dispusieron todo en un momento.

Héctor no tuvo mas que hacer sino coger las cuerdas que le arrojaban y apoyarse en el lazo que tenia una de ellas en su extremo, y que podia muy bien servir de escalon. Una vez colocado el pié en este apoyo, le subieron á bordo con la mayor facilidad.

—Bien veis que el príncipe está desmayado —dijo separando á los importunos que venian á estrecharle la mano,—solamente debemos ocuparnos del príncipe. ¿Quién tiene sales inglesas?

—Yo.... respondieron á la vez tres voces.

Y tres frascos salieron de tres bolsillos.

—Con uno solo es bastante—continuó Begourde cogiendo uno de ellos,—voy á hacer que lo respire el príncipe, y mientras tanto le golpeareis en las manos.

Al cabo de cinco minutos dió el resultado apetecido esta operacion.

El señor de Castel-Vivant hizo un ligero movimiento, dió un prolongado suspiro, levantó la cabeza, abrió los ojos mirando á los circunstantes, y con voz muy apagada dijo:

—¿Quién me ha salvado?

Begourde respondió:

—Yo, querido príncipe.

—Venid á mis brazos, hijo mio.

Héctor se precipitó sobre el príncipe de Castel-Vivant, uniéndose aquellos dos hombres en un estrecho abrazo.

Aquello fué una escena conmovedora, que dió pasto á las conversaciones de la ciudad de Ginebra.

Como las excursiones en el yacht se prolongaban algunas veces veinticuatro horas, habia una maleta que contenia trajes para mudarse, y gracias á esta casualidad pudieron el príncipe y Begourde quitarse los vestidos que estaban chorreanlo.

La vuelta fué casi inmediata al suceso.

Despues de una emocion tan viva era menester no exponer la salud del príncipe, y probablemente sería necesario llamar á un médico.

Pero afortunadamente no sucedió nada al señor de Castel-Vivant, que tenia una naturaleza fuerte y estaba completamente bueno al dia siguiente:

A instancia suya se redactó una acta del caso en términos pomposos, que firmaron el piloto y los dos marineros con los convidados; se legalizaron estas firmas, y quedó convertida en documento público.

Provistos de aquel documento que era indispensable para la realizacion de su proyecto, no les quedaba ya nada que hacer en Suiza y se volvieron á Paris, donde desde el dia siguiente

al de su llegada empezaron á llenar las primeras formalidades que era necesarias para la adopcion, presentándose juntos en el juzgado de paz del distrito en que vivia el príncipe, declarando éste que deseaba adoptar y el otro que consentia en ser adoptado.

Hecho esto, tuvieron que esperar los plazos que marcaba la ley.

El príncipe aprovechaba el tiempo en completar la educacion de Begourde.

Este último, durante el viaje, habia progresado verdaderamente.

Sus antiguos modales iban desapareciendo, cediendo el puesto á los de un hombre de mundo elegante.

Es verdad que en algunos momentos de confianza volvia á las andadas, aunque afortunadamente estos momentos eran cada vez menos frecuentes y de poca importancia.

Begourde por su parte consagraba el dia á estudiar; montaba á caballo segun los verdaderos principios; tiraba á las armas con Vigeant, que estaba encantado con su discípulo, guiaba con dos y cuatro caballos de una manera irreprochable, y tomaba lecciones de baile sério.

Una gran porcion de obreros parisienses, que son verdaderos artistas, modificaban segun las leyes del buen gusto el decorado y mobiliario del hotel; las correas de los arreos no que-

daban ya oscurecidas debajo de los adornos de metal. Tintas oscuras reemplazaron los chillones colores de los carruajes, y la corona de de los príncipes de Castel-Vivant iba muy pronto á ostentarse en las portezuelas.

XLII

Por fin llegó el dia esperado con tanta impaciencia.

El tribunal de primera instancia, conformándose con el parecer fiscal, habia fallado diciendo: *Há lugar á la adopcion.*

El tribunal superior se enteró del fallo del inferior, y confirmó el fallo en audiencia pública con estas palabras: *Se confirma el fallo, y por lo tanto há lugar á la adopcion.*

Se fijaron los edictos que creyó conveniente el tribunal, y se inscribió en los registros del estado civil del distrito en que estaba domiciliado el adoptante.

Godefroy poseía ya una renta vitalicia de cien mil libras.

Héctor Begourde era de allí en adelante el príncipe Héctor de Castel-Vivant.

Debemos decir que esta adopcion no pasó desapercibida en la artística sociedad que el jóven frecuentaba en otro tiempo.

Los antiguos camaradas del café Frontin, del de Suecia, del de Madrid; las semi-tabernas del barrio latino; las cervecerias del boulevard de Batignolles, lanzaron á Begourde tantos epígramas como grande era la envidia que les inspiraba.

Le llamaron *el príncipe Totor*, y la frase tuvo éxito.

El noble de nuevo cuño llegó muy pronto á ser un tipo conocido en el boulevard y en el Bois.

Cuando le veian pasar en su victoria ó en faeton, manejando dos magníficos Orloff de cinco mil luses, nadie decia: *ése es el príncipe de Castel-Vivant*, sino *ése es el príncipe Totor.*

El príncipe Totor marchaba rápidamente á la celebridad.

Le habian concedido los honores de la caricatura aquellos mismos periódicos que él habia ilustrado en otro tiempo con sus dibujos á veinte francos.

Cuando aparecia en un palco cualquiera de un teatro popular, acompañado de alguna mujer galante, no dejaban de aplaudir algunos en las butacas y en las galerias de una manera es-